

## **Recuerdos, testimonios y experiencias militantes de los años republicanos.**

Francisco Erice, Sección de Historia de la FIM

### **Introducción al Documento nº 15.**

Como contrapunto a los textos, proclamas o informes oficiales, resulta del mayor interés recurrir a los recuerdos personales, que vienen a reflejar no tanto los esquemas ideológicos y las propuestas programáticas del partido como las experiencias militantes y los contextos históricos concretos en que estas tenían lugar. Dentro de esta literatura testimonial, el Archivo Histórico del PCE contiene un voluminoso y variado caudal de “historias de vida” e “informes internos” que tendremos ocasión de utilizar más adelante. En esta ocasión, sin embargo, para hablar del período republicano, vamos a recurrir a algunos libros de memorias, que tienen, para su utilización histórica, el problema de haber sido escritos con posterioridad a los hechos (lo cual implica reelaboración, como sucede siempre con los procesos de la memoria), pero que nos ofrecen, pese a ello, testimonios del más alto valor.

Los amplios fragmentos seleccionados que se reproducen a continuación proceden concretamente de cuatro personajes que llegaron a adquirir una gran relevancia en la historia del comunismo español, pero que relatan, en este caso, sus primeras y juveniles experiencias políticas. Se trata de Irene Falcón, Manuel Tagüeña, Simón Sánchez Montero y Marcelino Camacho. De los cuatro sólo Tagüeña abandonó la militancia comunista a mediados de los años 50, mientras que los demás prolongaron su compromiso a lo largo del resto de su vida, desempeñando papeles importantes dentro del partido (como Irene Falcón) o en el movimiento obrero y la oposición clandestina al franquismo, y durante la transición postfranquista. Lo interesante de estos textos es que reflejan, de una manera particularmente fresca propia de los relatos sobre la infancia o la juventud, la diversidad de frentes de acción y de experiencias vitales ligados a la militancia comunista y los efectos del clima político de la nueva etapa histórica abierta en 1931 en nuestro país.

Irene Falcón (1907-1999) publicó en 1996 su libro de memorias *Asalto a los cielos*, cuyo subtítulo (*Mi vida junto a Pasionaria*) evoca una faceta fundamental de su trayectoria política y vital, su condición durante muchos años de ayudante de Dolores Ibárruri. Esta proximidad a una figura tan notable ha terminado por oscurecer los méritos propios de una mujer como Irene Lewy, hija de una familia judía de clase media, secretaria de Ramón y Cajal, periodista y activa militante desde su juventud, que tomaría el apellido de su primer compañero y marido, el periodista revolucionario peruano César Falcón. César y e Irene marcharon juntos a Inglaterra en 1925 y regresaron a España en vísperas de la proclamación de la República. Antes de que sus trayectorias vitales se separaran, juntos publicaron la revista *Nosotros*, fundaron la compañía de Teatro Proletario y el pequeño partido Izquierda revolucionaria y Antiimperialista (IRYA), integrado en 1933 en el PCE, donde también convergerían Cesar e Irene.

El texto seleccionado, que se ciñe a los acontecimientos de los años 1933-1934, nos ofrece una viva imagen de los primeros pasos del antifascismo en la política del PCE, y especialmente de la creación en España del movimiento unitario femenino contra la guerra, que Irene contribuyó a articular, junto a Dolores y a otras notables mujeres comunistas o de izquierdas que, afortunadamente, en las últimas décadas, han empezado a ser rescatadas del olvido (Encarnación Fuyola, Emilia Elías, Matilde Landa, etc.). La apasionante crónica va más allá de la situación de las mujeres, incorporando un agudo retrato de diversos dirigentes y personajes comunistas del momento, no siempre bien parados en la descripción de Irene, especialmente por la soberbia y los resabios machistas de algunos de ellos; aunque sobre todo subraya el despertar vital y político que supuso la República. Todo ello desde la visión apasionada de una mujer que, como le dijo una vez a su tía abuela Pepa *la cambiante*, decidió desde muy joven, en una España donde no siempre esto resultaba fácil, trabajar y ser siempre independiente.

Si el testimonio de Irene Falcón nos acerca al despertar de las mujeres con la República, Manuel Tagüeña (1913-1971) recrea el proceso de radicalización de una parte de la juventud, sus lecturas sobre Rusia, su preocupación por la política internacional, su desencanto inicial con el nuevo régimen y su búsqueda en el comunismo de la forma más plena de realizar sus ideales sociales. Tagüeña, también de familia de clase media, estudiante en estos años y licenciado en Física Matemática, fue militar destacado durante la guerra y se exilió posteriormente a la URSS, a Yugoslavia y luego a Checoslovaquia. Su desencanto político con el estalinismo y el modelo del “socialismo real” lo llevaron a abandonar el partido y marchar a México en 1955. Aunque en 1960 viajó a España para visitar a su madre gravemente enferma, se negó a ejercer el papel de “rojo arrepentido” y rehusó volver al país, muriendo en México en 1971. La parte aquí seleccionada de las interesantes memorias de Tagüeña se recrea sobre todo en el activismo en el movimiento estudiantil de la “organización conspirativa” de la Juventud Comunista y en el funcionamiento cotidiano de la misma, incluyendo la formación paramilitar tan en boga en el momento. También contiene interesantes observaciones sobre el compromiso militante de los y las jóvenes de entonces y el rigorismo moral y la dureza de su activismo revolucionario.

Los otros dos textos corresponden a personajes cuyo papel posterior en el PCE y el movimiento antifranquista es suficientemente conocido y no requiere mayores detalles. Tanto Simón Sánchez Montero (1915-2006) como Marcelino Camacho (1918-2010) procedían de medios populares -de familia de campesinos sin tierra en un pueblo de Toledo el primero y de ferroviario en un pueblo de Soria el segundo-. Su aproximación al PCE también se encuadra en el proceso de radicalización social y de despliegue de las esperanzas de cambio con la República, pero su acceso a la conciencia política, en ambos casos potenciada con la avidez por la lectura, viene por la vía sindical. Simón nos cuenta en su interesante relato cómo era la vida y el trabajo de los panaderos madrileños, sus inicios sindicales al lado de los socialistas y sus posteriores simpatías por los comunistas, previas a su ulterior ingreso en el partido. Entre las cuestiones más relevantes que aparecen en el texto se encuentran la influencia de las lecturas en la radicalización ideológica de Simón, su percepción de la explotación y su pérdida de fe religiosa y, muy particularmente, su descripción de la radicalización con la República y la eclosión de las expectativas, tanto políticas como sociales y culturales.

Por último, el texto de Marcelino Camacho nos cuenta la toma de conciencia de un joven trabajador en el pueblo de La Rasa (Soria), el papel de las lecturas y la influencia de un trabajador deportado al pueblo tras los sucesos de Octubre de 1934, la creación del pequeño sindicato local y de la primera organización provincial del PCE en 1935 y la campaña electoral de febrero de 1936.

\*\*\*\*\*

### **Testimonio de Irene Falcón<sup>1</sup>**

Desde mi vuelta de Londres me atraían mucho las manifestaciones, y acudía a ellas entusiasmada. Políticamente, no estaba bien formada, pero me identificaba con el ambiente de lucha de la juventud. Yo era joven y tenía ganas de luchar, de hacer cosas. La campaña de solidaridad con *Nosotros* y el prestigio que nos había dado la propia calidad del periódico, el hecho de que los activistas de IRYA íbamos a todas las manifestaciones que convocaba el PCE y el ya relatado cambio experimentado en su dirección crearon las condiciones propicias para nuestro ingreso. Influyó sobre todo la voluntad de contribuir a la revolución desde un instrumento mejor que el IRYA. Cuando aparecieron nuevas personas en su dirección (Dolores y Pepe principalmente), nos pareció que donde había que estar era en el PCE.

Miguel González era un redactor de *Mundo Obrero* al que conocíamos de la primera época del Ateneo, antes de marcharnos a Londres. Un día vino a nuestra casa y empezamos a hablar sobre la situación política. Nosotros le dijimos que en general estábamos de acuerdo con sus propuestas y, de repente, nos preguntó:

- Oye, ¿pero es que no queréis ingresar en el PCE?
- Pero si no nos quieren.
- ¿Cómo que no? ¿Queréis ingresar?
- Pues sí, quisiéramos.
- Pues ya está, ya sois.

Así de fácil fue. En IRYA, la verdad no éramos muchos. Poco después del congreso de Sevilla del PCE se convocó una conferencia de IRYA y propusimos ingresar en él a los que quisieran. La mayoría se fue al PCE y los que no quisieron se quedaron fuera. Pero nosotros ya habíamos entrado de esa manera tan informal.

Durante algún tiempo, y puesto que era el único ingreso regular que teníamos, César y yo soportamos el cambio de propiedad y de orientación ideológica de nuestras respectivas empresas periodísticas. César asistió al cese de Félix Lorenzo como director de *El Sol* y al nombramiento de Manuel Aznar, abuelo del líder de la derecha y Presidente del Gobierno de ahora, cuando escribo. En *la Voz* continuó y continuaría de director Enrique Fajardo hasta los últimos días de la guerra -el 27 de marzo de 1939 salió el último número- desarrollando una intensísima labor de apoyo a la República desde sus páginas, en las cuales aparecía como suplemento cultural *El mono azul*, grandiosa obra de propaganda y agitación alimentada sobre todo por Rafael Alberti y María Teresa León. La redacción de *La Voz* se convirtió en una cantera de cargos

---

<sup>1</sup> Irene Falcón, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pp. 89-102.

públicos para la República, como Enrique Díez Canedo, embajador en Uruguay y Argentina, o Luis Araquistáin, subsecretario de Trabajo y embajador en Berlín y París. Sin duda, el que más trascendencia adquiriría con el transcurso del tiempo sería Ángel Galarza Gago, que fue fiscal general de la República, director general de la Seguridad del Estado desde la que se creó la Guardia de Asalto, subsecretario de Comunicaciones y, ya en plena guerra, ministro de la Gobernación durante algún tiempo.

Yo gozaba de una estupenda relación con mi director Enrique Fajardo, “Fabián Vidal”, pero el periódico había experimentado un nuevo cambio de propietarios, se había identificado con el anticomunismo de Azaña y de los republicanos burgueses y seguía una línea editorial que no prestaba demasiada importancia a los acontecimientos que estaban ocurriendo en Alemania tras la entronización del nacionalsocialismo, particularmente el proceso que se seguía en Leipzig contra Jorge Dimitrov, Thälmann y otros comunistas acusados del incendio del Reichstag. Como se sabe, Dimitrov, que se encontraba ilegalmente en Alemania como responsable de la Komintern para esa zona (Bullejos cuenta que se encontró allí con él en alguna ocasión) fue detenido junto con el secretario general del PC alemán Thälmann y otros dos búlgaros.

En julio de 1933 mi antigua entrevistada la diputada laborista británica Ellen Wilkinson, Henri Barbusse (escritor francés y amigo de Vicente Blasco Ibáñez) y el también británico conde Marley vinieron a informarnos al Ateneo de Madrid en nombre del Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo, recientemente creado en París y compuesto, además, por los franceses Marcel Cachin y Romain Rolland (premio Nobel de Literatura), el también escritor danés Martin Andersen-Nexø y muchos otros. Después de aquella charla se decidió formar un Comité Nacional Antifascista de ayuda a las víctimas del fascismo hitleriano, presidido por Salinas. El secretario general era Hierro Muriel, de IRYA. En la Comisión Política estaban Wenceslao Roces, Dolores Ibárruri y Carlos Álvarez; en la Comisión de Organización, César Falcón y Paco Galán; y yo, en la Comisión de Administración, junto a Rogelio Rodríguez y Julio Mangada. Allí también conocí y colaboré con Fernando Claudín. Ya conocía a Josefina López, su compañera, que colaboró algún tiempo con nosotros en las primeras representaciones del Teatro Proletario. Yo tenía sólo veinticinco años, pero Claudín me parecía un chiquillo, como un crío. Era el representante de las Juventudes Comunistas. Codovilla le criticaba y le decía que era un sectario.

Nuestras actividades estaban fundamentalmente destinadas a contrarrestar la propaganda nazi, que había permitido que las sesiones del proceso fueran radiadas a todo el mundo. Utilizábamos las paredes de muchas ciudades para dar una versión más adecuada del proceso y hacer pintadas exigiendo la libertad de los detenidos. Se desarrolló un extraordinario activismo para el seguimiento de esos acontecimientos internacionales, hasta el punto de que los antifascistas españoles enviamos una delegación para seguir el proceso, encabezada por el más joven -era más o menos de mi edad- de los hermanos Fernández Armesto, Ricardo, abogado muy serio y muy majo. Defendió bien a Dimitrov. Todos los miembros de su familia eran criptocomunistas y muchos de los hermanos luego se hicieron trotskistas. A Ricardo lo fusilaron luego los franquistas. De esta familia todavía vive Felipe, que se hizo muy popular con el pseudónimo de “Augusto Assía”.

Fajardo se negó a publicar un encendido artículo que yo había preparado sobre el proceso de Leipzig. El año anterior me había costado superar la tibieza con la que mi periódico trató el intento de golpe de Sanjurjo, pero seguí publicando lo que quise. Entonces, por primera vez me rechazaban un artículo en *La Voz*. Acababa de ingresar en el PCE y escribí una encendida carta dimitiendo, claro, con mucho orgullo revolucionario. Si no hubiera mandado esa misiva que ponía fin a mis únicos ingresos firmes, muy probablemente no habría necesitado marcharme a Moscú y mi vida habría sido completamente distinta.

Nos trasladamos a vivir a una casucha por Ciudad Lineal. Era lo más barato que habíamos encontrado, porque no teníamos dinero, ni un céntimo. César entraba y salía constantemente de la cárcel, iba y venía de destierro en destierro, así que estábamos literalmente sin un duro. Para llegar a casa, teníamos que coger una especie de coche blanco que llamaban “la maquinilla”, pero como las reuniones podían durar hasta las tres de la mañana, a veces teníamos que ir andando hasta Ciudad Lineal, que ahora es un cotizadísimo barrio del centro de Madrid, pero que entonces era el quinto infierno. Cuando nos cruzábamos con la Guardia Civil, sistemáticamente nos sometían a controles.

Sin duda, lo peor era la situación del niño, al que dejábamos con una vecina. Ni siquiera nos sacaba de la penuria la leche que le sacábamos a una cabrita mocha, muy bonita y cariñosa, a la que llamábamos *Mimosa* porque nos esperaba y nos seguía como un perrito. La cabra nos la había enviado desde Málaga un amigo, Paquito, que se había alojado en nuestra chabola mientras estuvo haciendo el servicio militar en Madrid. Yo muchas mañanas cogía un par de libros, que libros sí teníamos, y los llevaba a vender a un hombre que me los compraba, y con eso llegaba para que la vecina comprara patatas. Cuando el niño fue un poco mayor empezó a venir conmigo a aprender a correr ante los guardias en las manifestaciones y a pasar hambre, porque pasó bastante. Todo ello acabó por convertirlo en un revolucionario de siete años primero en IRYA y luego en el partido.

En esa situación, en el Partido Comunista me mandaron a trabajar a *Mundo Obrero*, que había reanudado su publicación a finales de 1932, tras unos meses de suspensión dictada por el Gobierno de Azaña como contrapartida a la disolución de la Compañía de Jesús, aunque el presidente del Consejo de Ministros argumentó que se había hecho porque en sus páginas se incitaba a los soldados a que atentaran contra sus jefes. La redacción de *Mundo Obrero* no me gusto nada, porque suponía un cambio muy duro para mí. Yo estaba acostumbrada a mis colaboraciones en *La Voz*, que tenían un estilo distinto, eran otros temas, observaciones independientes de lo que yo veía, escribía y comentaba. Pero, ¡ay!, ese *Mundo Obrero* donde todo era tan severo, tan rígido, tan sectario...

Además, había allí un personal muy raro. Cuando me presentaron a Jesús Hernández, ya en aquel primer encuentro me pareció que pretendía pasar por sabio. Sus ínfulas no me impresionaban en absoluto. Era un frívolo y un presuntuoso, como luego me demostró incluso personalmente, cuando lo conocí mejor durante la guerra y se enredó con una de esas bellezas aventureras de la época, que hasta entonces había sido la mujer de Girón, el joven secretario del partido en Madrid.

Tras el proceso de Bulejos, Hernández había vuelto de Moscú y se había hecho cargo de la dirección de *Mundo Obrero*. Navarro Ballesteros, un periodista de verdad al que mataron los fascistas después de la guerra, era el redactor jefe y quien realmente llevaba aquello. Escribías un artículo y te decía Hernández: “Bueno, pero...”. A lo mejor escribías sobre los tomates: “Sí, pero hay que poner que en la URSS los tomates son estupendos, aunque sean pimientos”. Yo en aquella época todavía no había estado en la Unión Soviética, pero la tenía completamente idealizada y, a pesar de eso, no entendía por qué tratándose, por ejemplo, de tomates había que poner la coletilla de que “en la Unión Soviética se había resuelto el problema de los tomates y que estaba muy bien”. No lo entendía.

Y luego estaba el dichoso Castro. Enrique Castro, que ha escrito esos libros infames; se ocupaba de los sindicatos, me parece. Era un salvaje, un bárbaro, al margen de cualquier discrepancia ideológica. Cuando iba allí se metía conmigo sistemáticamente con muy mala leche: “Las mujeres, donde mejor están es debajo en la cama. Y si no, barriendo y fregando”. Yo todavía no estaba curtida para mandarle por ahí, pero un día que también vino Paco Galán, cuando oyó a Castro esas cosas que me decía le increpó; “No se puede hablar así a la compañera... No se puede...”. Cuando Dolores estaba delante no se atrevían a este tipo de bromitas, pero por detrás también decían cosas de ella.

En cambio, Paco Galán, el hermano del malogrado héroe Fermín, era muy buena persona, un chico muy fino y educado, y él mismo acabaría muriendo como un héroe popular. Eran de una familia de militares significadamente republicanos. Además de Fermín, tenía otro hermano militar, José María. Él se hizo comunista después de lo de Jaca, en realidad se afilió poco antes que yo.

César, el niño y yo cada vez vivíamos peor, porque en el periódico no había dinero y a fin de mes venía el administrador y nos daba un durito. Yo le decía. “Con esto me voy a comprar pasteles y ya el resto del mes no como, pero por lo menos como pasteles hoy”. El durito era una cosa terrible y, además, durante el mes no era infrecuente que entrara y dijera: “Venga, vaciaros los bolsillos, porque no hay papel”. Y cada uno sacaba todo lo que tenía en los bolsillos para comprar papel. En fin, vivíamos muy mal. Cuando peor estábamos, venía Galán y decía: “Os invito a comer a todos a mi casa un cocido que ha puesto mi madre”. Ese día comíamos bien.

Otras veces me citaba misteriosamente en algún café para programar nuestro trabajo o elaborar algún artículo. Lo rodeaba todo de gran misterio, no sé si para impresionarme o para asustarme. Me decía, por ejemplo: “Aquel hombre que esta, no mires, a mi derecha ha jurado pegarme un tiro. Y ese otro que esta, ni se te ocurra mirar, sentado más allá, también me ha amenazado”. Todo aquello me parecía muy divertido y, además, ponía muchísima pasión y entusiasmo cuando me hablaba de lo que él llamaba “laboratorio supremo” de ideas y elaboración política, con sus sabios reunidos allá lejos en Moscú: la dirección de la Internacional Comunista. Lo que más me fastidiaba de aquellas citas con él era tener que sentarme sola en una mesa cuando Paco se retrasaba. Enseguida se colocaba a mi lado un pelmazo: “¡Señorita! ¿Está sola? ¡Qué injusticia! ¿Me permite que la acompañe?”. Por eso prefería esperarle paseando por la calle.

Cundo llevaba tiempo trabajando en *Mundo Obrero* me dijeron: “Pero, ¿todavía no has hablado con Dolores?”. Dolores era una de las fundadoras del PCE, pero llevaba relativamente poco tiempo en la dirección. Había entrado en el Comité Central en 1930, en la famosa “Conferencia de Pamplona”, llamada sí por razones de seguridad, pero que en realidad se celebró en un sótano en Bilbao y a la que asistió como delegado de la Internacional Jacques Duclos, que era del sur de Francia y hablaba un español muy correcto. En aquella conferencia ella era la única mujer delegada entre todos aquellos hombres. Luego, en el congreso de Sevilla de 1932, entró en el Buró Político. A mí me había dejado impresionada desde que la vi venir de frente hacia donde yo me encontraba, en la Plaza de Neptuno, durante una manifestación. Pude saludarla antes de que nos dispersaran con agua. Desde aquel momento se puede decir que mis cosas se empiezan a entrelazar con Dolores a través de una sucesión de momentos que son el desarrollo de toda una vida.

Es difícil, incluso para mí, describir mi relación con ella, y mucho más calificar esa relación. En ruso existe una palabra que es la que yo creo que mejor la refleja, *pomochnik*, del verbo que significa “ayudar”, una especie de colaboradora. Cualquier ruso sabe de lo que estoy hablando, porque eso allí es una situación administrativa muy conocida. Yo en la URSS tenía esa categoría. Cuando volvimos a España en 1977 la gente empezó a designarme como “la secretaria de Dolores” y, aunque yo trataba de desmentirlo, el término prosperó. Sin embargo, yo nunca he tenido ese alto título, ni siquiera en los primeros momentos ¡Pero si soy una nefasta secretaria! No tengo orden, los papeles me atascan, no entiendo de esas tareas y, además, mi dominio de la máquina de escribir, a pesar de los progresos que realicé con el penetrante estímulo de Cajal, nunca ha dejado de ser rudimentario. En todo momento, Dolores ha tenido sus propias secretarías, como Esperanza González.

De manera que, con tremenda ilusión, me fui a verla, como me habían indicado. Me recibió en un pequeño despacho, se quedó mirándome y me dijo: “¡Ah!, muy bien, ya estas aquí”, como si me hubiese estado esperando, como si nos conociéramos de toda la vida. Me dijo que ya estaba al corriente de que habían ingresado unos intelectuales. Luego añadió: “¡Oye!, pero ¿tú no te pintas?”. “¿Cómo que si no me pinto?”. Me había confundido con Carlota O’Neill, que había ingresado en el partido recientemente y se parecía a mí porque era también pequeña, poca cosa, como yo, pero que se pintaba muchísimo.

Dolores me contó que se encontraba en Madrid desde 1931 y que para ella había supuesto un cambio muy importante en su vida dejar la pequeña aldea minera de Somorrostro por la capital de España. La había llamado la dirección como responsable femenina y redactora de *Mundo Obrero*, cargos que con dificultad pudo ejercer, ya que al llegar a la capital, recién estrenada la República y el Gobierno republicano-socialista, fue detenida y encerrada en la cárcel de mujeres de la calle Quiñones. Sería el primero de los cinco encarcelamientos que habría de sufrir hasta el triunfo del Frente Popular.

Me propuso en aquella primera entrevista que, aunque continuara formalmente en *Mundo Obrero*, colaborara con ella en la organización del movimiento de mujeres y pasara a formar parte de la Comisión Femenina del PCE, a lo que yo accedí de buen grado, pues ello respondía a mis inquietudes de hacía varios años. De esta manera

empecé a reunirme con ella, a colaborar. Íbamos a la pastelería La India, en la calle Montera, nos comprábamos un cartón de leche triangular y unos hojaldres y hablábamos, sobre todo, de lo humano. Vimos que coincidíamos en muchas cosas y trabajábamos muy, pero que muy bien juntas. Trabajar con ella sí me gustaba, pero, en general, Hernández y Castro no eran los comunistas que yo esperaba encontrar cuando ingresé en el PCE. Afortunadamente no estuvo mucho tiempo en *Mundo Obrero* en esa época. Además, como no habíamos hecho ambiente, yo trabajaba allí con poco interés, me limitaba a hacer pequeñas cosas porque me daba la impresión de estar perdiendo el tiempo. Después sí me comprometí mucho más en serio con el órgano oficial del Partido Comunista de España, hasta el punto de convertirme en uno de los primeros corresponsales de su historia, y nada menos que en Moscú.

Concentrada en el trabajo del frente de la mujer, aunque seguía participando en la redacción y escribiendo artículos, me había alejado casi definitivamente de *Mundo Obrero* y del Teatro Proletario -experiencia a la que me referiré más adelante- antes de mi primer viaje a Moscú. Así, 1934 fue el año en que me volqué en la puesta en marcha de la Comisión Femenina del PCE y de los grupos de la Unión de Mujeres Antifascistas. Una de mis primeras tareas en el frente de mujeres consistió en dar un mitin en Vallecas un 8 de marzo. En aquel mitin recordé a Clara Zetkin, que fue quien propuso en la II Internacional, en 1910, la celebración de esa fecha como Día Internacional de la Mujer Trabajadora. También recordé a Rosa Luxemburgo y a una mujer por la que siempre he sentido cariño y admiración: Virginia González. Dirigente sindical, miembro de la UGT y del PSOE y, desde 1921, del PCE, se sabe muy poco de la vida de esta mujer extraordinaria, defensora de los derechos de la mujer obrera. Quiero tener aquí un recuerdo especial para Virginia González, encarnando en ella a todas las mujeres admirables que tanto lucharon y trabajaron por nosotros.

En la Comisión Femenina del PCE trabajaban ya Encarnación Fuyola, una maestra a la que yo conocía del Ateneo, y Lucía Barón, obrera madrileña. Empezamos a publicar una revista quincenal, *Compañera. Órgano de las mujeres trabajadoras de la ciudad y del campo*, y a organizar un movimiento de mujeres amplio, plural, democrático. En algún momento que no puedo precisar nos visitó una delegada francesa del recién constituido Movimiento Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo. No dijo que se iba a celebrar un importante congreso mundial de mujeres en París, que sería estupendo que en España también existiera ese movimiento y que nos traía el encargo de invitarnos a asistir a sus sesiones. Al mismo tiempo nos sugirió la creación en España de un comité de mujeres de esta índole. A esta señora, cuyo nombre lamento no recordar, la recibimos Dolores, Fuyola, Lucía y yo. Cuando se iba nos dijo: “Yo me tengo que ir, pero quisiera hablar con las mujeres socialistas, republicanas, católicas progresistas... Como no puedo quedarme mas tiempo, por favor, hacedlo vosotras en mi nombre”.

Puesto que aquella propuesta coincidía con nuestras actividades y proyectos, iniciamos conversaciones con mujeres destacadas de los partidos socialista y republicano. Fuimos a hablar con María Lejárraga, “María Martínez Sierra”, como representante de las compañeras socialistas (Dolores ya ha contado cómo fuimos a visitarla a su casa y el portero nos hizo entrar por la escalera de servicio). El PSOE, como tal, dijo que no participaba; sin embargo, individualmente, muchas socialistas,



entre ellas la ignorada autora teatral, dijeron que sí. Para la convocatoria del congreso íbamos en grupo, muchas veces con Dolores, otras sin ella, al metro a hablar con las taquilleras. Íbamos a las fábricas a la salida de los turnos de mujeres a hablar con ellas y hacíamos reuniones para explicarles que había que organizarse, porque allí estaba el fascismo. Yo les explicaba lo que significaba Hitler para la mujer: “*kínder, kirche, küche*. Las tres con k”. Se lo decía con mi mejor acento alemán: niños, iglesia y cocina. Y las mujeres decían: “No, eso no lo queremos”. Eran estupendas de verdad las mujeres en aquella época, Fue realmente fácil organizarlo todo. Íbamos organizando grupos y por fin convocamos el congreso, al que vinieron delegadas de toda España. Las juventudes (Claudín, Trifón Medrano, Segis Álvarez) nos ayudaron, porque como los jóvenes tenían que viajar también para ciertas tareas, llevaban nuestro mensaje y organizaban cosas. Éramos pocas mujeres dedicadas al frente de la mujer del PCE.

El 8 de agosto de 1934, en el salón de la Mutualidad de París, se celebró el Congreso Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, al cual asistió una delegación de mujeres españolas compuesta por Dolores, Carmen Loyola, Elisa Uriz, Encarnación Fuyola y yo. Al congreso asistieron más de mil quinientas delegadas de veintiocho países. La delegación soviética estaba encabezada por Helena Stassova, y la británica por Haden Gust, que fue la encargada de pronunciar el informe central. Hablamos con la italiana Teresa Noce, con la francesa Simone Bertrand y con otras muchas mujeres de diferentes países. La Presidencia del nuevo Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo recayó en Gabrielle Duchène, que ya presidía la Liga por la Paz y la Libertad.

Retengo algunas ideas de aquellas reuniones, como la de que la lucha contra el fascismo y contra la guerra surgía en aquellos años como motivo central de la lucha de las mujeres por sus derechos, en un momento, además, en el que, como afirmó Barbusse, “no habrá solución de resistencia pasiva, pacífica, a los problemas de la guerra y el fascismo”. También extraje la idea de que la emancipación de la mujer no podía constituir el problema de un solo partido, y menos aun, de una sola clase. Y a pesar de ello, en aquellas circunstancias era bastante sectaria. Recuerdo una intervención mía en los preparativos del congreso diciendo: “Esta República no es una verdadera República ni es nada”. Dolores me corregía: “Sí es República, Irene”.

En aquel mismo mes de agosto de 1934, tan rico en actividades femeninas, se celebró por fin en Madrid el congreso fundacional del Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, más conocido como el Movimiento de Mujeres Antifascistas. Mujeres llegadas de toda España, obreras, estudiantes, profesionales, campesinas, intelectuales, artistas, llenas de entusiasmo y decisión, discutieron y crearon una organización para liberar a la mujer española del lastre de la ignorancia y prejuicios seculares, incitándola a asumir su papel en la sociedad. Desde el primer momento, el Movimiento de Mujeres Antifascistas desarrolló una gran actividad de movilización de mujeres en contra de las medidas reaccionarias de los gobiernos del bienio negro, en contra de sus preparativos bélicos, y llevó a cabo campañas de solidaridad con las víctimas del fascismo. Fueron elegidas mujeres de todos los sectores políticos y sociales para su Comité Nacional. Aunque Dolores era la presidenta efectiva, para la Presidencia de Honor se eligió a doña Catalina Salmerón.

La secretaria general -no recuerdo si se la eligió en el congreso o más tarde- era Emilia Elías, una maestra nacional muy combativa. Durante toda la etapa del Movimiento de Mujeres Antifascistas, y especialmente en la guerra, contribuyo de manera muy importante a poner en marcha iniciativas de alfabetización y lectura para las mujeres. En esta misma línea, suya fue la idea de hacer lecturas públicas para las mujeres que trabajaban en talleres cosiendo o haciendo otras tareas. Luego he leído que esa practica se realizaba también en las fábricas de tabaco en Cuba, pero aquí quien propuso la idea fue ella. Después de la guerra se trasladó a México.

Junto a ellas se nos puede ver a muchas en una foto del Congreso: Ángeles Cruz Mansilla, Juanita Corzo, Ángeles García, María Trujillo, Asunción y Pilar Hernández, Lucía Barón, Carmen Meana, Elisa y Pepita Uriz, Agustina Sánchez y Pilar Soler, Matilde Landa, Rosa Villa, Oliva González, Remedios Sánchez, Josefina López, Teresa Falcón, María Fernández, Encarnación Fuyola, Trinidad Torrijos, María Carrasco, las hermanas Imbert, Caridad Mercader, Dolores Piera, María Palá, Teresa Palau y Reis Beltrán. No quisiera olvidarme de ninguna. Leonor Estévez, Juana Doña, Petra y Tomasa Cuevas...

Cuando ilegalizaron el Movimiento de Mujeres Antifascistas, las mujeres republicanas dijeron: “Venid a nuestro local”. Nos reuníamos en el local de Unión Republicana, que tenía un gran salón para tomar café, una especie de casino. Nosotras estuvimos discutiendo en voz alta varios días, hasta que nos echaron. Dijeron que no nos dejaban pasar. ¿Qué ocurrió? Pues que las mujeres republicanas -no eran muchas, pero sí un buen grupo- se vinieron con nosotras. La ilegalización fue motivo de indignación de las mujeres que empezaban a militar, que empezaban a sentirse orgullosas de participar en un movimiento. Después de los sucesos de Asturias, poco antes de trasladarme a Moscú, asistía a la constitución de la organización Pro Infancia Obrera (PIO), presidida por Clara Campoamor; tuvimos que cambiar el nombre a la organización porque nos prohibieron el de Mujeres Antifascistas. PIO tenía como fin ayudar a los hijos de los heroicos mineros asturianos. Dolores, acompañada de otras dos mujeres republicanas, doña Isabel de Albacete y doña Alicia García, pudo introducirse en Asturias en plena represión. Aunque fue descubierta y encarcelada, antes logró llevar a Madrid a muchos niños asturianos cuyos padres estaban encarcelados o perseguidos.

Aunque era un trabajo interesante, no dejaba de tener dificultades. Por ejemplo, una que me desesperaba: el hecho de que algunas jóvenes que pertenecían a Mujeres Antifascistas abandonaran la organización en cuanto se casaban. Personalmente creo que tenía ya una preparación, o por lo menos un sentimiento y un convencimiento de que por ahí había que ir. Mis artículos desde Londres sobre las sufragistas inglesas y mi participación en la polémica sobre el derecho al voto en España me convertían, si no en feminista, sí en una “avanzada”. Mujeres Antifascistas fue precursora de posteriores movimientos feministas y de la revolución de las mujeres que está teniendo lugar en los últimos años del siglo XX.

Visto desde la perspectiva de ahora, Mujeres Antifascistas ha tenido una influencia tremenda en el desarrollo posterior de todo el movimiento feminista en España. En primer lugar, por dar a las mujeres confianza en sus propias fuerzas y, además, dárselo en la práctica, dirigiendo, asumiendo funciones; en segundo lugar,

porque nuestro movimiento era natural, muy espontáneo, en el que la que más y la que menos se movía como yo, por instintos de independencia y de igualdad de derechos, sin el gran aparato teórico previo del que disponemos ahora. Y ello a pesar de que nuestra propuesta de hacer salir a la mujer de la cocina y la iglesia no dejaba de ser una propuesta de hondo calado teórico y práctico. Llamábamos a las mujeres a salir de casa. Teníamos la seguridad de que defendíamos eso. Se había tomado conciencia del hecho de ser mujer, Yo lo tenía grabado desde mis conversaciones con Pepa la *cambianta*: “Voy a trabajar y voy a ser siempre independiente, pase lo que pase y sea con quien sea”.

### **Testimonio de Manuel Tagüeña<sup>2</sup>**

Eligio de Mateo había terminado sus estudios y en la presidencia de la FUE de Ciencias lo sustituyó mi compañero de curso Luis Bravo (...) (...). Al marchar Eligio perdí el enlace con el Partido Federal. Las librerías se llenaron entonces de libros políticos, muchos de ellos de teorías leninistas, trotskistas y anarquistas, que nunca tuve paciencia para leer. Lo que me atraían sobremanera eran las novelas destinadas a glosar la Revolución rusa. La que me impresiono más fue *El torrente de hierro*, de Serafimovich, que narraba la lucha desesperada de un grupo de fugitivos rojos para salir del cerco de las tropas blancas durante la guerra civil. La descripción del desfile de las tropas rojas ante los cadáveres mutilados de sus compañeros colgados de los postes del telégrafo, y cómo una horda, desparramada y sin moral, se encuadraba de nuevo en unidades militares disciplinadas capaces de derrotar al enemigo produjo en mí entonces una inolvidable emoción. Valía la pena vivir una tal experiencia.

Como tantos otros jóvenes de mi edad, y casi sin advertirlo, me encontré buscando una causa a la que poder consagrarme, ya que la República no colmaba las ilusiones que había despertado. El 14 de abril me negué a ir a los jardines del antiguo palacio Real, donde tuvo lugar una recepción “popular” en honor del primer aniversario de la República, para la cual se repartieron muchas invitaciones entre los adictos. El primero de mayo presencié la manifestación que los comunistas convocaron en la calle de Alcalá. Fue muy corta. Unas cuantas muchachas, algunas de ellas estudiantes normalistas, desplegaron una tira de tela roja con algo escrito. Inmediatamente llegaron los guardias de asalto golpeando con sus porras y salimos corriendo en todas direcciones.

(...)

En septiembre de 1932 regresé a Madrid. Iba a empezar un nuevo curso, el último de mi carrera. Estaba a punto de tomar una de las decisiones más trascendentales de mi vida. El único movimiento político de izquierda inédito para mí, era el comunismo. Todos los demás, en una u otra forma, me habían defraudado. Los que formaban parte del gobierno me parecían indecisos, y la demagogia de ultraizquierdistas y anarcosindicalistas nunca me convenció, ya que la violencia permanente me repelía. La mística del comunismo me agradaba, tenía necesidad de creer en algo, y todo lo que había leído rodeaba esa doctrina de una aureola romántica. No fueron razonamientos

---

<sup>2</sup> Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 32-40.

ideológicos los que me llevaban a ese campo, sino puros sentimientos. Creía que iba a encontrar allí la fraternidad humana que anhelaba. Todos iguales y hermanados para construir una sociedad perfecta, donde se desterrarían las desigualdades, la miseria y los sufrimientos. Era la misma utopía de los anarquistas, pero con un camino diferente, con organización y disciplina, que me atraían mucho más. Mis simpatías no se alteraron por el hecho de que los comunistas fueran entonces una reducida secta sin ninguna influencia, excepto en Sevilla, donde José Díaz y otros ex anarquistas dirigían un sindicato de obreros portuarios. Aunque el Partido databa de la creación de la Komintern o Internacional Comunista, había arrastrado una vida lánguida, infestado muchas veces con confidentes de la policía. El 14 de abril de 1931 los pocos comunistas que había en Madrid salieron en un camión dando gritos de “Vivan los Soviets”. El pueblo los apedreó considerándolos enemigos. En septiembre de 1932 había sido expulsado del Partido el “grupo traidor”: Bullejos, Adame, Trilla y Vega, y una nueva dirección había tomado en sus manos el buró político, con José Díaz como secretario general. Los comunistas disidentes tan organizados en el Bloque Obrero y Campesino, que sólo tenía alguna fuerza en Cataluña.

Mi condiscípulo Fernando Claudín era entonces mi mejor amigo. Nuestros padres, ambos de Zaragoza, habían sido en su juventud amigos y compañeros en las oposiciones a topógrafos. Fernando era muy buen estudiante, llevaba aprobados dos cursos y le faltaba sólo un dibujo para ingresar en arquitectura. Mientras tanto pensaba terminar la licenciatura en Ciencias Exactas. Tuvimos largas conversaciones sobre el comunismo; al principio, era él el más decidido a darse de alta en la Juventud Comunista, luego se cambiaron las tornas y fui yo el que lo animé combatiendo sus objeciones, hasta que al fin pedimos los dos el ingreso. Para esto, hablamos con Andrés Martín, dirigente comunista que nos impresionó por su aspecto enfermizo, su extraordinaria delgadez y su pobre vestimenta; más tarde tuvo unos vómitos de sangre y fue enviado a la Unión Soviética. Nos incorporaron a los dos juntos a una célula que se reunía los domingos en la Casa de Campo, pero pronto nos separaron mandándonos a cada uno al sector que nos correspondía por nuestro domicilio. Él fue al Radio Este y yo al Radio Sur.

Comenzó para mí una época alucinante en la organización conspirativa de la Juventud Comunista. Al principio todo fueron reuniones pesadas y poco atrayentes; para anatémizar a la antigua dirección recién expulsada, se discutía la nueva línea menos sectaria y se tomaban medidas de agitación: pintar letreros, pegar carteles, vender la prensa, repartir octavillas, organizar un mitin relámpago a la salida de una fábrica o participar en alguna manifestación. Mis compañeros de célula eran obreros y empleados modestos del barrio de Embajadores. En seguida hice amistad con ellos, pero me sentía incómodo e inseguro en un medio para mí extraño. Nos reuníamos en una taberna de la calle de Embajadores, cerca de la fábrica de tabacos, que llamábamos “La Casa de Cornelio”. Discutíamos también la situación internacional: la lucha de los comunistas chinos contra Chiang Kai-shek y contra los japoneses, que ya se habían apoderado de Manchuria; el avance del fascismo en Alemania; la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay y todos los demás acontecimientos mundiales. Estos temas tenían, incluso, preferencia sobre los que se referían a nuestro propio país. Estábamos siempre temiendo a la policía, pero la verdad es que nunca tuvimos tropiezos con ella. Había una gran fluctuación de afiliados que constantemente llegaban para desaparecer a los pocos

días. Asistí allí a las penosas “autocríticas” de algunos bullejistas de segunda fila. También presencié algunas expulsiones, como la de uno de los hermanos Granell, quien al ser “desenmascarado” tuvo la valentía de declararse trotskista. Como la reunión era en plena plaza de Lavapiés, nos fuimos cada uno por nuestro lado de la manera más disimulada. Aquella expulsión me dejó un poco desconcertado, ya que Granell era un muchacho simpático y me resultaba difícil considerarlo como enemigo.

Tuve que resistirme a aceptar cargos. Pronto quisieron hacerme miembro del comité de Radio, pero pude conseguir ser sólo “militante de base”. Conocí entonces a algunos de los “cuadros” que llegaban de asistir a cursos de “formación política” en la Unión Soviética. Se les miraba con una mezcla de admiración y desconfianza, ya que muchos de ellos abandonaban muy pronto el comunismo, lo que entonces nos parecía inexplicable y lo achacábamos a una pésima selección de los candidatos.

Claudín en cambio se dejó absorber por la actividad política y pronto me anunció que dejaba los estudios para consagrarse íntegramente a la Juventud Comunista. Al poco tiempo, el Comité Central lo designó para organizar el trabajo entre los estudiantes. Discutí mucho con él defendiendo que lo primero y más importante era terminar nuestras carreras, pero no le pude convencer. Estaba dispuesto a cumplir todas las misiones que recibía, mientras que yo sólo admitía aquellas que eran compatibles con mis estudios. Para convertirse en “dirigente” de los estudiantes, había que dejar de serlo.

Claudín debía agrupar a los estudiantes de toda España, afiliados o simpatizantes de la Juventud Comunista, para tratar de convertir la FUE gubernamental en una organización revolucionaria. El primer intento de comprobar nuestra fuerza tuvo lugar con motivo de la visita del presidente Herriot a Madrid, durante el mes de noviembre. La absurda consigna de que Herriot era la guerra nos fue seguramente traspasada por el Partido Comunista francés. Pudimos reunir, por sorpresa, a los alumnos de Ciencias y Derecho en el aula de Química de nuestra Facultad y, entre risas y desorden, aprobar una resolución de protesta que fue publicada por la prensa comunista.

Luego vino la organización en la clandestinidad del Bloque Escolar de Oposición Revolucionaria (BEOR), para tratar de conseguir la mayoría en el congreso de la UFEH de febrero de 1933. Agrupamos en secreto bastantes delegados, sobre todo en Valencia, ciudad en la que se celebró. Las sesiones tuvieron lugar en el Ayuntamiento y en otros excelentes locales cedidos por las autoridades. Todo se desarrolló allí muy bien para nosotros, hasta que los dirigentes de la UFEH denunciaron nuestro juego. Habían interceptado nuestra correspondencia y estaban al tanto de nuestros planes. Se nos acusó de conspirar al tratar de introducir subrepticamente la política comunista. Tácitamente se planteaba nuestra expulsión, pero la mayoría de los delegados no estuvieron de acuerdo quizá porque nosotros al vernos descubiertos no nos limitamos a defendernos, sino que atacamos, pidiendo se nos reconociese el derecho de actuar dentro de la FUE como lo hacía, por ejemplo, el grupo de estudiantes socialistas. Cornejo, estudiante peruano de la Federación Universitaria Hispano Americana (FUHA), con su aspecto imponente de inca y su acento suave provocó un gran escándalo cuando afirmó: “Nosotros no tenemos la culpa de que la verdad sea bolchevique”. Cuando me tocó a mí el turno, hablé también con toda franqueza, en medio del silencio impresionante de una sala repleta de delegados. Fue

para mí una especie de liberación. Me resultaba mucho más agradable reconocer públicamente mi filiación y mi manera de pensar, que andar maniobrando en la sombra como hasta entonces. Después de nuestras intervenciones, las posiciones quedaban claras y podían tomar contra nosotros todas las medidas que quisieran. Para la mayoría éramos unos tipos algo chiflados e ilusos, pero que no suponíamos ningún peligro y como por otra parte reinaba todavía entre nosotros la amistad forjada en la lucha contra la Dictadura, decidieron seguir tolerando nuestra existencia y dejar a las organizaciones locales la misión de resolver en cada caso particular nuestra suerte futura. De esta manera el BEOR tomó carácter casi oficial.

En Valencia hice amistad con camaradas de otras facultades y escuelas de la capital, entre ellos Mateo Tuñón, de Derecho, y Carlos Merino, de Magisterio. Para ahorrar dinero nos instalamos en la pensión más barata que encontramos, en una gran habitación llena de camas. Para los estudiantes comunistas fueron jornadas agotadoras de asambleas oficiales de día y, por la noche, reuniones de los miembros de la oposición revolucionaria para estudiar la conducta a seguir. El resultado era que dormíamos muy poco y estábamos bajo una gran tensión, mientras los otros delegados se divertían lo más posible. Exagerábamos una austeridad completamente impropia de jóvenes que en muchos casos no habíamos cumplido aún los veinte años. Y no sólo éramos austeros en lo que se refiere a las diversiones, sino que también procurábamos vestir de la manera más modesta y sencilla posible, es decir, más “proletaria”.

La nueva directiva de la UFEH, elegida en el congreso, estaba encabezada por Rupilanchas, abogado socialista ayudante de Jiménez Asúa. Le apoyaban sus correligionarios y los delgados de filiación política gubernamental. Nuestra candidatura fue derrotada en conjunto, pero al votarse cargo por cargo, algunos de nosotros obtuvimos votaciones muy nutridas, aunque en definitiva las perdimos todas. Al volver a Madrid la cámara federal de la FUE trató de expulsarnos a Claudín y a mí. Nos defendimos como lo habíamos hecho en Valencia: atacando. No se decidieron tampoco a tomar ninguna medida contra nosotros. En la situación general del país, ante la ofensiva derechista y reaccionaria no nos consideraban verdaderos enemigos, al contrario, más bien nos veían como posibles aliados en el futuro. El problema que habíamos planteado dentro de la organización estudiantil le hizo a ésta mucho daño, aunque las causas principales de la pérdida de influencia de la FUE fueron otras. Al convertirse en un apéndice gubernamental sufría dentro de la Universidad el mismo progresivo aislamiento que el gobierno en la calle. Muchos estudiantes se apartaban de ella y nuestras juntas generales cada vez estaban menos concurridas, lo que no impidió que siguiéramos siendo los dueños de la Universidad de Madrid durante el resto del curso 1932-1933. Los estudiantes tradicionalistas adquirían cada día mayor fuerza, pero todavía no se atrevían a presentar batalla. Sin embargo, en las universidades de provincia nuestra situación era más crítica. La fuerza de la UFEH disminuyó aún más cuando los estudiantes catalanes la abandonaron, ya que su federación “nacional” no podía aceptar siquiera el vínculo federal con las organizaciones estudiantiles del resto de España.

(...)(...)

En la primavera de 1933, el Partido Comunista, con sus escasos medios y su reducido número de afiliados, unos mil en todo Madrid, comenzó a organizar las Milicias Antifascistas Obreras y campesinas (MAOC). Ingresé en ellas y asistí a algunos entrenamientos en la Casa de Campo, donde desarmábamos y armábamos una pistola Browning de calibre 7,65, que había heredado de mi padre. Teníamos como uniforme camisas azul oscuro y saludábamos con el puño en alto, al estilo del Rotfront militar de los comunistas alemanes. El jefe era un joven de San Sebastián que estaba en Madrid para eludir persecuciones policíacas, debido a su intervención en grupos de choque comunistas. Se hacía llamar Alcalde (nunca supe su verdadero nombre); era hijo, según se rumoreaba, de un guardia de Seguridad, tenía fama de pistolero y los dirigentes del Partido no disimulaban la poca estima que le tenían. Quiz conociera algunos secretos y por eso lo toleraban. Alcalde desplegaba una actividad extraordinaria y siempre aparecía por todas partes. No llegaba a tener el aspecto desarapado de Andrés Martín, pero vivía muy estrechamente con el escaso sueldo que recibía de la organización.

Claudín dejó pronto el trabajo de los estudiantes. En el congreso anual de las Juventudes Comunistas lo eligieron miembro del Comité Central. En esa misma reunión conoció a una delegada de Zaragoza, Josefina López, casi una niña, y se fueron a vivir juntos. Al abandonar Fernando la casa de sus padres, poca ayuda podía recibir de ellos, ya que eran muchos hermanos, demasiados para el sueldo de un topógrafo. Mi amigo se convirtió en lo que deseaba, en un revolucionario profesional. Debió pasar muchas dificultades, ya que el oro de Moscú no daba entonces para mucho. Nuestra amistad siguió firme, aunque ya nos encontrábamos con mucha menos frecuencia que cuando éramos compañeros de la Facultad. En el Comité Central, Claudín estaba encargado de organizar el trabajo dentro de los otros partidos políticos. Todos los agentes que infiltraba en las organizaciones republicanas y socialistas le fallaban indefectiblemente, y a los pocos días rompían toda relación con él. Aunque se había convertido en un proveedor de buenos afiliados de nuestros enemigos, no desfallecía en su labor y cada vez cumplía misiones de más responsabilidad.

Éramos ya en Madrid un pequeño grupo de estudiantes comunistas, sobre todo normalistas. Nos encontrábamos muchas veces en el local del Partido de la calle de la Estrella, cerca de la de San Bernardo. También nos veníamos a menudo en mítines y manifestaciones. En una de estas conocí en la plaza de Santa Ana a Esperanza Abascal, Julia de las Heras y María Luisa Huerta, que me parecieron arrancadas de las páginas de novelas de la Revolución rusa. Su presencia daba un tinte emocional a nuestra causa.

Manuel Tuñón de Lara, primo de Mateo Tuñón y estudiante de Derecho, ocupó el puesto de Claudín en el secretariado estudiantil del Comité Central de la Juventud Comunista. Yo seguí fiel a mi norma de no aceptar cargos, pero tenía que ayudar al nuevo secretario. Nuestra organización crecía poco, sobre todo debido al sectarismo. La manifestación comunista del 1 de mayo de 1933 fue más nutrida que la de años anteriores, pero también fue tratada con mayor dureza. Deshecha a golpes por las fuerzas de orden público, nos diseminamos reuniéndonos de nuevo en otros sitios. Muchos íbamos uniformados con las camisas azules de las milicias, incluso algunas muchachas. Cerca de Lavapiés, una camioneta llena de guardias de asalto se echó sobre

nuestro grupo. Alcalde les hizo varios disparos con mi pistola y la camioneta dio la vuelta y desapareció; gracias a eso tuvimos la posibilidad de salir corriendo.

Aunque parezca mentira, encontré tiempo para preparar mis exámenes finales de la licenciatura de Físico-matemáticas, obtuve muy buenas calificaciones y en mayo era ya licenciado. Terminaron la carrera conmigo Nicolas Cabrera y Rosa Bernis y algunos mas cuyo nombre se borró con el tiempo de mi memoria. Dresde luego muy pocos. Debía haber participado en los cursillos para profesores de bachillerato, pero exigían un mínimo de 21 años y yo acababa de cumplir los 20. Podía haber hecho gestiones para intentar que me admitiesen, pero nada intenté, quizá porque en el fondo de mi alma deseaba seguir mi vida estudiantil y todas las actividades en que me encontraba sumergido.

Mientras llegaba el tiempo de ir a Alp, me incorporé a la redacción de *Juventud Roja*. Dirigía este periódico Velasco, que encarnaba uno de los tipos más perfectos de funcionario comunista que he conocido. Nunca manifestaba opiniones que discrepaban con las de los jefes, trabajaba sin descansar por un sueldo mísero y cumplía con el mayor celo las órdenes recibidas. Aunque no era overo sino empleado, me miraba con la desconfianza obligada en la época de Stalin contra los intelectuales. Naturalmente, yo no cobraba nada. Al contrario, tuve que prestar mi dinero para instalarnos en el último piso de una casa de corredor situada en la calle Mesón de Paredes. Tuve que batallar con imprentas, corregir pruebas, preparar materiales y publicar folletos de propaganda. Para uno de estos, titulado *Canciones revolucionarias*, busqué material en libros y revistas; pero como el canto no es mi fuerte, hubo ciertas confusiones y algunas letras no era posible cantarlas con la música que se les asignaba. Como en la contraportada figuraba mi nombre como director de ediciones, todos se dirigían a mí con reclamaciones, y durante bastante tiempo esto fue motivo de broma para mis camaradas.

El verano de 1933 lo pasé en la Cerdaña, lo mismo que los anteriores. Pero nunca estuve tan ajeno a lo que me rodeaba. Mi espíritu seguía en Madrid, En vez de bailar y divertirme con las muchachas de mi edad, me pasaba las horas hablando de catalanismo y trotskismo con Andrés Xandri, estudiante de Barcelona. Sus padres eran inspectores de primera enseñanza en esta ciudad donde la madre, Leonor Serrano, había figurado mucho en el movimiento socialista. Su padre era hermano de mi tío José Xandri. En agosto María Luisa Huerta pasó por Puigcerdá con sus padres y fui a verla. Contra nuestra costumbre, charlamos poco de política, pero no nos atrevimos a hablar de cosas personales, y más de acuerdo con nuestras reacciones juveniles. Sin embargo, mostrarse sentimental era para nosotros una debilidad impropia de verdaderos revolucionarios. Después de este encuentro, se me hizo más difícil seguir mi veraneo y bastó una carta de mi madre con la noticia de que mi hermana había estado seriamente enferma para que me pusiera en camino para Madrid.

En el otoño de 1933 llegó a su punto culminante la ofensiva contra Azaña, que el 4 de septiembre dimitió de una manera definitiva al conocerse los resultados de la elección de vocales del Tribunal de Garantías que dieron el triunfo a sus enemigos políticos del centro y de la derecha. Comenzaron laboriosas gestiones para resolver la crisis. Aunque la minoría parlamentaria más importante era la socialista, todos, excepto Azaña, querían verlos fuera del gobierno. Los jóvenes socialistas comenzaron tímidas



manifestaciones de protesta, a la que los comunistas nos mezclamos de inmediato. Los guardias de asalto las disolvían con no demasiada rudeza, ya que todavía no estaba claro cuál sería el nuevo gobierno. Para nosotros fueron días de intensa actividad. En uno de los encuentros rescaté un banderín de las Juventudes Socialistas, abandonado en la refriega en plena calle de Alcalá, cerca de la calle de Sevilla. Ese mismo día rehicimos la manifestación en el paseo del Prado. Allí se nos unieron un grupo de republicanos federales que traían su gran bandera tricolor por un lado y roja por el otro. Cuando ya íbamos hacia la glorieta de Atocha, los de asalto se lanzaron sobre nosotros, esta vez blandiendo en serio sus porras. La abanderada cayó al suelo y yo trate de correr con la bandera, pero los guardias me alcanzaron y golpearon. Todas estas algaradas no cambiaron el curso de los acontecimientos y a la semana de crisis se formó el primer gobierno Lerroux con radicales y algunos republicanos de izquierda, pro sin socialistas. Se había cerrado la primera etapa de la Segunda República.

En medio de la agitación de aquellos días, había podido ver muy pocas veces a María Luisa, aunque deseaba mucho encontrarme con ella. De repente me llegó la noticia de su muerte. Una grave enfermedad la abatió en unas cuantas horas. Me resultaba difícil saber que aquella joven llena de vida e ilusiones hubiera desaparecido para siempre, pero sólo quedaba su recuerdo. Silenciosos y tristes asistimos muchos a su entierro en el Cementerio Civil, como si presintiésemos que la gran mayoría de los presentes iba a perecer muy pronto.

### **Testimonio de Simón Sánchez Montero<sup>3</sup>.**

A finales de mayo me despedí del trabajo, con gran disgusto de Don Vicente a pesar de mi republicanismo. Mi hermana Eulalia me encontró trabajo en una panadería, que ya no existe, en la calle de las Conchas. No hacían allí el pan, sólo lo vendían; era propiedad del dueño de una tahona de la calle Andrés Borrego, que vendía allí y en otros puestos similares el pan que fabricaba en ella. Aquel puesto lo regentaba Victoriano Posada, un panadero socialista bastante de izquierdas, que vivía en la trastienda con su familia. Él trabajaba en una tahona y su mujer despachaba el pan. Tenían dos hijos pequeños y vivía con ellos una hermana de la mujer, de unos quince años, llegada del pueblo.

Mi trabajo consistía en llevar el pan a las casas donde lo compraban diariamente. El conjunto de las parroquianas constituía “la carrera”, en el argot profesional. Y desde luego lo era, pues yo tenía que correr de verdad para hacer los dos repartos, uno para el pan del desayuno y otro a partir de las nueve y media hasta las dos. Me daban 30 pesetas y comía y vivían en la casa. Mi habitación, en la trastienda, era el último rincón, con una ventana al patio de la casa por el que retozaban tranquilamente unas ratas enormes.

El nuevo trabajo me resolvía el problema de la comida y la vivienda. Pero me decepcionó profundamente. Me parecía que había caído en otro pozo, en comparación con la tienda de la calle de Toledo, aunque disponía de más tiempo y por la tarde podía leer. “Descubrí” la feria de libros viejos en la Cuesta de Moyano y cada semana leía

---

<sup>3</sup> Simón Sánchez Montero, *Camino de libertad. Memorias*, Madrid, Temas de Hoy, 1997, pp. 48-55.

varias obras de teatro, que luego devolvía pagando los 10 céntimos del “alquiler” y comprando otras en las mismas condiciones.

Poco a poco fue conociendo el nuevo ambiente en que vivía. Diariamente iba a la tahona de la plaza de Herradores a recoger el pan “de Viena”, pues la tahona del dueño de la panadería sólo fabricaba pan candeal. Bajaba al sótano, donde hacían el pan. Un día los obreros estaban en un descanso del trabajo; comían un bocadillo y bebían vino de la bota, muy contentos.

-¡Echa un trago, chaval, que hoy es día de fiesta! -dijo uno, tendiéndome la bota.

-Gracias, yo no bebo. Pero ¿Por qué es hoy fiesta?

-¿No lo sabes? Porque han pegado un cacharrazo al cabrón de Baltasar. La lástima es que no le han dado bien.

Baltasar Díaz Cayón era el presidente del Consorcio de la Panadería de Madrid, que agrupaba a todos los fabricantes de pan (los “farrucos”, como les llamaban los obreros) de la capital. Los obreros le tenían odio.

El Sindicato de Artes Blancas Alimenticias de Madrid agrupaba a los obreros panaderos, a los pasteleros y a los churreros, aunque los de cada industria tenían su propia sección en el sindicato. Pero los panaderos tenían una situación, lograda a través de largas luchas, que era única en Madrid y posiblemente en España: sólo podían trabajar en la fabricación del pan, fuese candeal, “de Viena” o “francés”, los obreros afiliados al sindicato (que pertenecía a la UGT) o los familiares directos del dueño de la tahona. Un cuñado de este, por ejemplo, no podía trabajar. Esto tenía sus ventajas. La primera, la unidad: en el sindicato estaban socialistas, comunistas, anarquistas y los que o pertenecían a ningún partido. La segunda, no faltaba el trabajo: el pan había que hacerlo siempre, y nadie o casi nadie podía entrar a trabajar de nuevo como panadero. Como se trabajaba todos los días, había un número de obreros que trabajaban “al relevo”, es decir, sustituyendo a los demás el día de descanso semanal. Además, había un retén diario, en la Secretaría del Sindicato en la Casa del Pueblo, por si un obrero se ponía enfermo y no podía ir a trabajar: llamaban al retén y lo sustituía otro. Y la última y quizá la mayor ventaja de esa situación era que daba al obrero una seguridad en su fuerza organizada que se traducía en no permitir al patrono ninguna medida o actitud que no estuviera de acuerdo con el contrato de trabajo. En último término, si se marchaba o le despedían, tenía el trabajo asegurado “al relevo” hasta que le saliera trabajo “en plaza”. Eso les daba un sentido de la dignidad y de defensa de sus derechos que en otras profesiones no siempre era posible.

Pero tenía sus inconvenientes: insolidaridad hacia los demás, incluso entre los obreros de las tres secciones del sindicato: los del candeal ganaban bastante menos y tenían más gente a relevo y en el retén de los que necesitaban, a los que daban un socorro cuando no trabajaban. Los repartidores, bien fuese a domicilio o a “sucursales” (de las tahonas a las panaderías), no podían entrar a trabajar dentro. Allí sólo podían entrar los hijos de socios, y solo ellos podían afiliarse a la sección de panadería a la que perteneciera el padre de cada uno. Los repartidores tenían su propia sección en el sindicato, aunque no el derecho a trabajar dentro; nosotros los repartidores a domicilio,

ni siquiera podíamos crear nuestra propia sección en el sindicato. La dirección de este se hallaba, mayoritariamente, en manos socialistas.

En la calle de las Conchas estuve poco más de un año. Y cada vez me acordaba menos de la tienda. Iba conociendo, aunque de forma indirecta todavía, el mundo de los obreros y de su lucha; y aunque aparentemente más duro, me gustaba mucho más que el de la tienda y los problemas que veía allí. En ello influyó poderosamente, sin duda, el ambiente general en la calle, en la sociedad y en el mundo. La República no había sido un simple accidente, una broma en la vida del país, de la sociedad. A pesar de la desilusión creciente por la política del Gobierno, la República fue, primero, una consecuencia del cambio profundo que se había operado en los sectores más amplios de la sociedad española, desde los obreros y campesinos pobres hasta sectores muy amplios de los intelectuales, profesionales y pequeños y medianos industriales y comerciantes.

Por otro lado, las libertades que el pueblo conquistó con la república permitieron dar un gran impulso a aquellos que antes era un anhelo, ferviente pero inconcreto. Fue, pese a la política gubernamental, una verdadera explosión social. Hechos como la apertura inmediata, a los pocos días del 14 de abril, de la Casa de Campo, antes para uso exclusivo de la Familia Real y de unos cuantos aristócratas, y ponerla a la plena disposición de todos los ciudadanos y ciudadanas de Madrid y de toda España no sólo rompían barreras injustas, sino que hacían ver a la gente más sencilla la injusticia de las que todavía quedaban por todas partes. Y lo más importante, despertaba en muchos la decisión de acabar también con estas.

El cambio fue más profundo en la juventud y en las mujeres. Recuerdo haber visto a una señora que se bañaba, con un grupo numeroso de mujeres y hombres, en el Manzanares, más arriba de la parte canalizada. Se bañaba en combinación y era tan gorda, y tan escasa el agua del río, que para mojarse todo el cuerpo tenía que cambiar de postura tendida sobre la arena, pues la corriente de agua no cubría su voluminoso cuerpo. Resultaba cómico, y yo me reía también, como otros. Pero comprendí que también ella tenía derecho a bañarse, y pensé en cuántas barreras y ataduras, en forma de prejuicios y hábitos impuestos por la vida, habría tenido que saltar y romper aquella mujer y todas y todos los que hacían uso por primera vez de aquella libertad.

Salí de la calle de las Cochass en el 32, y fui a trabajar también como repartidor a domicilio en una panadería de la calle de la Palma, cerca de la Corredera. Sus propietarios eran Pablo y una tía suya, la señora Juana. Pablo era novio de Eulalia, con quien se casó meses después. La panadería era muy pequeña, pero se vendía mucho pan en ella, y además había tres “carreras”. En ella trabajaban Pablo, su primo Mariano y Eusebio Antón, que entró de botones por la tarde en una academia de la calle del Pez para costearse allí mismo el estudio de unas oposiciones para auxiliar de Hacienda. Aprobó la oposición, lo destinaron a Sevilla y yo lo sustituí como repartidor. Naturalmente, yo comía allí y dormía en la trastienda; ganaba 75 pesetas al mes.

El cambio fue grande. Madrugaba mucho, a las cinco me levantaba, pero tenía la tarde libre. Me relacioné con mucha más gente de la profesión. Nos propusimos ganar nuestro propio derecho a crear, dentro del sindicato, la Sección de Repartidores a Domicilio. Nos ayudaban los comunistas del sindicato y lo conseguimos. Fuimos unos

trescientos los fundadores, casi todos con menos de veinte años. En las primeras elecciones para la directiva ganaron los socialistas. Pero duraron poco, en una asamblea fueron derrotados y hubo que elegir nueva directiva. Yo comprendí que los derrotados eran unos cantamañanas, que trataban de ser buenos oradores aunque no resolvían nada. Pero los comunistas me daban cierto temor, y a pesar de que me insistieron mucho para que les votara, les dije que optaría por los socialistas, como había hecho la primera vez. Sin embargo, triunfaron los comunistas. Y a pesar de mi voto en contra, como sabían que yo tenía gran entusiasmo por el sindicato, en seguida me preguntaron si estaba dispuesto a trabajar. Les dije que sí y pronto empecé.

La nueva dirección quería poner en movimiento a todos los afiliados de la sección y empezaron creando los comités de barrio. A mi me hicieron miembro del comité de mi barrio. Y había que trabajar: conocer todas las panaderías y tahonas, ver qué repartidores había, si eran socios o no de nuestra sección, cuáles eran sus condiciones de trabajo, etc. Me entregué a ello con entusiasmo.

En el verano del 33 me invitaron, “como obrero revolucionario”, a una reunión de la Oposición Sindical Revolucionaria (OSR), que era el grupo de comunistas y simpatizantes, en cada sección del sindicato y en todos los sindicatos de UGT que tenían fuerza para crearlo. Los socialistas tenían el Grupo Sindical Socialista, homólogo de la OSR.

La reunión se celebró en un local de la calle de la Encomienda. A ella asistía un policía que tomaba nota de los nombres de quienes presidían y hablaban y de las cosas que le interesaban. Me eligieron secretario de actas para levantar el acta de la reunión. Al final se eligió el comité de la OSR y me propusieron para formar parte de él. Yo le dije a Isidoro Pérez Gaytán, que había presentado la propuesta y que presidía la reunión:

- ¡Pero si yo no soy miembro de la OSR!

- Pero lo serás, ¿no?

Y efectivamente, lo fui, ingresé en la OSR.

Isidoro era un tipo extraordinario. Dinámico, inteligente, simpático y nada sectario ni dogmático. Pronto nos hicimos buenos amigos y nuestra amistad, cada vez más estrecha, duro hasta que él murió en Miranda de Ebro, donde tenía un negocio importante, un secadero de bacalao, aunque seguía siendo comunista. Era concejal del ayuntamiento de esa localidad por el PCE. Su situación económica le permitió ayudarme en alguna ocasión y, sobre todo a Carmen y a nuestros hijos.

Desde aquel día participé activamente en la vida sindical, en nuestra sección. El comité de la OSR tuvo una reunión con Pablo Yagüe, mayor que nosotros, aunque no tendría más de treinta años; era el dirigente de la Sección de Repartidores a Sucursales, muy conocido en todo el sindicato y como comunista. Era un obrero culto (tenía una buena biblioteca), marxista convencido, buen orador en mítines relámpago, en la calle antes de que los guardias de asalto disolviesen a golpes la manifestación o concentración. Para nosotros, Yagüe era un maestro. Lo vi después en muchas reuniones. Como yo siempre llevaba algún folleto marxista en el bolsillo, me decía: “Tú

serás un intelectual”. Lo que nunca supe es si lo de “intelectual” era un elogio o lo contrario, aunque siempre creí que era lo primero.

Al crearse la Junta de Defensa de Madrid, presidida por el general Miaja, el 6 de noviembre de 1937, Yagüe formó parte de ella en representación de la UGT. Al terminar la guerra fue detenido, juzgado y fusilado.

A mí me apasionaba la actividad en el sindicato, me interesaba cada día más la política. Pero nunca fui un exaltado. Me gustaba conocer, trataba de llegar al fondo, saber por que hacíamos las cosas. Seguía leyendo todo cuanto podía. Pero leía otras cosas. Se publicaron muchos folletos de Marx, Engels y otros, y leí muchos de ellos. Empecé a leer la *Correspondencia Internacional*, revista de la Internacional Comunista, y después no me perdía un número. Tras octubre del 34 la suspendieron, pero pronto reapareció con el título de *Revista Universal*. Seguí leyéndola de principio a fin. Contribuyo en buena medida a que me sintiera comunista, mucho antes de ingresar en el Partido.

Estas lecturas, más aún que la actividad práctica, me fueron haciendo comprender el significado de la amplitud de la lucha obrera y democrática, y a través de ello, de lo que era la vida. Cuando estaba en el pueblo pensaba que la miseria sólo existía allí, pero que en Madrid sería muy distinto. Podría trabajar, ahorrar, tener una tienda, traerme a mis padres cuando fueran viejos... Pero la experiencia que viví en Madrid, en la tienda, fue tremenda. La miseria, la injusticia, la ignorancia existían también en la ciudad. Mientras estuve en la tienda, no entré en una iglesia; era imposible, no tenía tiempo. Mi fe, ingenua y fervorosa, fue palideciendo. Yo no sentía ninguna necesidad de ir a la iglesia. Fui viendo en la práctica, y confirmándolo y fundamentándolo en lo que veía, leía y oía, que la Iglesia estaba siempre con los que mandaban, desde siglos, y quería seguir haciéndolo de la misma forma. Estaba clarísimo para mí que en España la Iglesia había sido y continuaba siendo un soporte fundamental de las fuerzas más reaccionarias.

Leyendo la revista de la Internacional Comunista vi que lo que yo circunscribía al pueblo, y luego a Madrid, era realidad en todo el mundo. La revista era una exposición de las luchas obreras más importantes en todos los países, y no sólo por mejorar las condiciones de vida, sino por desarrollar la libertad y la democracia y por crear, por medio de la revolución, una nueva sociedad sin explotados ni explotadores: el socialismo. La revista hacía una denuncia permanente del capitalismo no sólo en el plano de la lucha obrera de cada día y de las injusticias y la explotación, sino como sistema económico-social en conjunto, constituido sobre la explotación de los trabajadores por los capitalistas, y sobre la dominación y la opresión política y la explotación económica de numerosos países, de continentes enteros, por un pequeño número de los países capitalistas más desarrollados. Es decir, de los grupos económicos que dominaban en cada uno de esos países.

#### **Testimonio de Marcelino Camacho<sup>4</sup>**

---

<sup>4</sup> Marcelino Camacho, *Confieso que he luchado. Memorias*, Madrid, Temas de Hoy, 1990, pp. 43-48.

### *La primera radio en La Rasa*

El factor De Pablo, que estaba autorizado para para ejercer de jefe de estación, fue el primero que tuvo un aparato de radio en el pueblo. Era un receptor de pilas mojadas como las del telégrafo, no de pilas secas como la actuales. Cuando abría la ventana de su casa, que estaba en la misma estación, si subía un poco el volumen lo oíamos desde la calle, y por eso nos colocábamos bajo su ventana y oíamos las emisoras nacionales ya que aquel aparato no recibía las extranjeras.

Llevábamos ya un tiempo de República, y empecé a comprender que tampoco se resolvían los problemas; fue un paso muy importante, pero algunos asuntos, como la Reforma Agraria, encontraban enormes dificultades para salir adelante y se vivía aún la crisis económica de 1929, que se extendió más allá de 1933; una crisis de ámbito mundial a la que España no fue ajena y que aquí se vivió con importantes niveles de paro y hambre, especialmente en las ciudades. Era la gran depresión que en España agravaron terratenientes y banqueros con su boicot a la República. No comprendía, primero, por qué sucedía aquello y, luego, por qué la República no resolvía estos problemas.

Fue una fase de mi vida en la que predominó la rebeldía y buscaba siempre el porqué de las cosas. No encontré respuestas hasta que apareció un compañero con ideas más elaboradas, basadas en el marxismo. Todas estas reflexiones me las hacía después del Bienio Negro, cuando a raíz de la revolución de octubre de 1934 se produjo una gran depresión. Los ferroviarios del pueblo, y yo que era un aprendiz de ferroviario, simpatizamos con aquella revolución. Se tenía ya conciencia del peligro real del fascismo que amenazaba a la República, que con el Bienio Negro había caído en manos de la derecha. Estaban las Juventudes de Acción Popular, que en muchos de sus sectores iban más allá del nacionalcatolicismo acercándose a ideologías fascistas, y más tarde se incorporan a los falangistas bien con rasgos mussolinianos o hitlerianos.

La revolución de octubre de 1934 en Asturias, que fue una insurrección armada en Asturias y una huelga general en el resto del país, terminó con la intervención de la Legión y de los moros de Marruecos ocupado por España. Con la represión, que se extendió por el país, hubo treinta mil detenidos y dos mil muertos. Los juicios y destierros se contaron por miles, y la mayoría de los líderes obreros fueron dispersados por todo el país condenados al destierro o simplemente sancionados por sus empresas. Como consecuencia del temor a la represión, algunas organizaciones de la UGT y de la CNT se disolvieron, y en La Rasa ocurrió lo mismo. Hasta entonces la UGT local la había dirigido Mariano Ortego, que era el encargado de la finca. Pero la fábrica de azúcar había sido trasladada a León y, por entonces solo mantenían allí la explotación agrícola y ganadera. Con el traslado de la fábrica, se fueron la mayoría de los trabajadores afiliados y quedaron sólo los obreros agrícolas. Luego bastaron las amenazas de los grupos de la derecha, los temores a represalias y las vacilaciones para que decidieran autodisolverse.

El sindicato que existía anteriormente no tenía la suficiente claridad de ideas ni de conciencia y se limitaba a las cuestiones reivindicativas. En mi opinión, el sindicato debía asumir lo que estaba sucediendo en el país y, además, orientarse hacia la emancipación de la clase obrera dentro del espíritu del propio movimiento de octubre en

Asturias. La lucha de clases tenía y tiene dos niveles: uno reivindicativo y otro político. Un primer nivel en el que cada uno parte de la clase en que está integrado y reivindica la mejora de sus condiciones económicas y sociales. Pero pasa a un segundo nivel, político, cuando se percata de que el resultado de su lucha depende también de la acción política de las diferentes capas y clases sociales.

Estas cuestiones ya las tenía suficientemente claras, y me replanteé la reconstrucción del sindicato de la UGT con la ayuda de Valentín Macarrón, *el Capilla*, y algunos otros compañeros. En la Delegación del Trabajo de Soria y en la propia UGT nos informaron de los requisitos. Era imprescindible ser mayor de edad, y como yo tenía dieciséis años, a punto de cumplir los diecisiete, no pude legalizar con mi firma la organización. Tuvimos que elaborar unos estatutos para la Sociedad de Oficios Varios de La Rasa y, por otra parte, para estar federados a la UGT, asumimos los estatutos que a nivel federal tenía ese sindicato. Valentín y otros pusieron su firma, aunque en realidad, en la práctica, la redacción de los estatutos, como todo el trabajo, lo hice yo con la ayuda de algún compañero. Después de hacer todos los trámites en Soria, el sindicato volvió a funcionar a los pocos meses de haberse disuelto.

#### *La UGT en la casa de “el tío Cardador”*

Tenía como sede la casa del tío Cardador, que era una vivienda contigua a la de mi tío, a quien llamaban tío Judás porque todo el mundo tenía un apodo. Allí alquilamos una habitación con una mesa de madera, unas sillas de anea desvencijadas, unos cuantos bancos y un armario. Una casa de adobe, como casi todas las de esa zona, para un sindicato pobretón en una región que era, también, muy pobre. Teníamos muchas dificultades, pero mucho entusiasmo.

La llegada a la estación de un factor, Ramón Laguna Toribio, acabó con mis oscilaciones ideológicas entre anarcosindicalistas y socialistas de izquierda. Ramón Laguna vino desde Sevilla a La Rasa sancionado por su participación en la huelga general de octubre. Me dio todos los libros que quise leer, ya que tenía una buena biblioteca marxista, con una colección que se llamaba La Pequeña Biblioteca Leninista, y que incluía *El estado y la revolución*, *Dos Tácticas* y otros libros de Lenin; también tenía *Los Doce Cuadernillos del ABC del Comunismo* de Bujarin, y una serie de textos de Marx, como *La Aportación a la Crítica de la Economía* que yo no había podido leer hasta ese momento. Estas lecturas influyeron mucho para definir mis ideas y, rechazadas tanto las opciones de los anarquistas como las del Partido Socialista, ingresé en el Partido Comunista de España el 2 de febrero de 1935.

Ramón y yo éramos los únicos militantes comunistas en el pueblo, pero en pocos meses se creó un núcleo en la provincia y a finales de 1935 ya éramos cinco, que nos reuníamos en una cantera a unos doce kilómetros del pueblo, cerca de Quintanas de Gormaz, en la ribera del Duero. Los cinco únicos militantes de la provincia de Soria éramos un camarada llamado Martín que vivía en Recuerda, otro llamado Marques que era sobrino del dueño de la fábrica de harinas de El Burgo, Valentín Macarrón, que apodaban *Lerín* – no Lenin-, Laguna Toribio y yo. En Castilla había un comité regional del partido y nosotros nos planteamos crear un comité provincial en Soria. En aquella reunión decidimos que Martín fuese a la capital para encargarse de esa tarea y él, muy disciplinadamente, aceptó, para lo que tuvo que dejar un buen empleo de oficinista en

casa de Antonio Martín Berruezo, un fabricante de anís que había en Recuerda. Se fue a buscar trabajo en Soria en época de crisis económica y paro. Como ya esperábamos no encontró trabajo, y para sobrevivir tuvo que ir a los montes próximos a hacer carbón de encina, cisco, y luego venderlo por las casas de Soria. Ninguno de nosotros tenía dinero para poder ayudarle, pero sobrevivió y el comité provincial comenzó a funcionar ya en contacto con el comité regional de Castilla la Vieja.

Con González Moro, que fue el secretario general del comité regional a través del que manteníamos contacto con el resto de la organización del PCE, me encontré después en Madrid al comienzo de la guerra, cuando me pasé a la zona republicana, y luego volvimos a coincidir en la cárcel de Comendadoras. Era un afable ferroviario de Santander que en Madrid vivía en la calle de Sombrerería en Lavapiés. Había sido grumete en la Marina y nos reunía a todos los jóvenes que estábamos en la prisión para contarnos la historia de sus amores en todos los puertos y barcos del mundo. Unas eran verdad y otras se les inventaba, pero con aquellas historias pasábamos unos buenos ratos en las cárceles, que nos venía muy bien dadas nuestras difíciles condiciones de vida. Cuando el Frente Popular ganó las elecciones, uno de los primeros decretos que aprobaron fue el de una amnistía para los represaliados de la revolución de octubre. Con esa amnistía, Ramón Laguna consiguió el traslado a Madrid, por lo que estuvo en La Rasa poco más de un año, y allí volví a encontrarle al pasar a la zona republicana.

En aquellas elecciones del 16 de febrero de 1936 el noventa por ciento del pueblo votó al Frente Popular. Para votar había que desplazarse a otro pueblo llamado La Olmeda y, por un camino que pasaba frente a la casa de mis tíos, cruzar el río Ucero por una pasarela. A pesar de esas dificultades fue a votar todo el mundo. En el mes de enero comenzó el período electoral y, dentro de la campaña, participé, en Aranda de Duero, en una reunión en la casa de un primo mío, Telesforo, que en aquel momento era guarda-frenos y que después fue jefe de tren. Vivía cerca de la estación, en una casa con un patio en la parte de atrás que fue donde hicimos la reunión, y allí, ante poca gente, intervine por primera vez defendiendo la candidatura del Frente Popular. Luego también participé en un mitin celebrado en un frontón al que ya asistieron más personas.